

tar la guillotina en la barrera del Trono. Méenos inquietos los concejales respecto á la compasion del pueblo de este arrabal, los proscriptores inauguraron aquel nuevo Calvario con ejecuciones más numerosas. La fila de las carretas iba aumentando todos los dias. Una vez llevaban, con cuarenta y cinco magistrados de Paris, treinta y tres miembros del parlamento de Tolosa; otra, veintisiete negociantes de Sedan, y muchas, sesenta y hasta ochenta sentenciados de todas clases.

En los últimos tiempos del Terror, vióse un dia una carreta escoltada por unos pobres muchachos cubiertos de andrajos. Estos muchachos parecian bendecir y llorar á un padre. El anciano que iba sentado en la carreta era el abate Fenelon, sobrino del autor del *Telémaco*, de aquel gérmen cristiano de una revolucion extraviada que bebia la sangre de su familia. El abate Fenelon habia fundado en Paris un hospicio en donde pudiesen albergarse esos muchachos nómadas que vienen todos los inviernos desde las montañas de Saboya á ganar su vida á Francia en las grandes ciudades. Aquellos muchachos, cuando supieron que iban á perder al anciano que hacia con ellos las veces de la Providencia, fueron en masa por la mañana á la Convencion para implorar la humanidad de los representantes y el perdon de la virtud. Su juventud, su lenguaje y sus lágrimas enternecieron á la Convencion. «¿Sois tambien unos niños—exclamó el implacable Billaud-Varennes—para dejaros seducir por las lágrimas? ¡Transigid una vez con la justicia, y mañana los aristócratas os asesinarán sin compasion!»

Aquel mismo Billaud-Varennes, que se negaba á compadecerse de unos pobres huérfanos, tuvo necesidad más tarde, en su destierro de Cayenne, de la compasion de una esclava negra. La Convencion no se atrevia á aflojar en su rigor. El abate Fenelon marchó á la muerte escoltado por sus protegidos. Tenia ochenta y nueve años, y fué necesario ayudarle á subir las gradas de la guillotina. De pié ya en el cadalso, pidió al verdugo que le desatase las manos para hacer la accion de abrazar por última vez á sus pobres huérfanos. Conmovido el verdugo, obedeció. El abate Fenelon extendió las manos; los saboyanos se pusieron de rodillas, inclinando sus cabezas para recibir la bendicion del moribundo. El pueblo, aterrado, les imitó; todos lloraron juntos, y el suplicio fué tan santo como un sacrificio.

El arrabal de San Antonio se indignó á su vez de que se le hubiese escogido para ciudad de la muerte. El suelo rechazaba al verdugo, pero los proscriptores no encontraban la guillotina bastante ejecutiva.

Una noche, Fouquier-Tinville fué llamado al comité de salud pública. «El pueblo—le dijo Collot—empieza á estragarse; es necesario reavivar sus sensaciones por medio de espectáculos más imponentes. Arréglate para que caigan ahora ciento cincuenta cabezas al dia.» «Al regresar de allí,—dijo en su interrogatorio el obediente Fouquier-Tinville,—mi espíritu estaba tan poseido de horror, que me parecia, como á Danton, que el rio llevaba sangre en vez de agua.» En el cementerio de Mousseaux habia un vasto foso en cuyas orillas estaban amontonadas una porcion de cargas de cal, en el que se echaban todas las cabezas y los cuerpos de los decapitados; verdadero sumidero de sangre á cuya entrada se habia grabado la inscripcion de la nada: *Dormid*; como si los verdugos hubiesen querido asegurarse á sí mismos afirmando que las víctimas no se despertarían jamás.

LIBRO CINCUENTA Y SIETE.

Aspecto de las prisiones.—Roucher, Andres Chenier.—Los Carmelitas.—Madamas D'Aiguillon, Beauharnais y Cabarrús.—El Temple.—Madama Isabel.—Madama Real.—El Delfin.—Madama Isabel en el tribunal revolucionario.—Es sentenciada á muerte.—Su ejecucion.—Domina Robespierre á la municipalidad y á la Convencion.—Sus dudas.—Sus amigos Saint-Just, Couthon y Lebas.—Sus enemigos secretos.—Disensiones en los comités.—Discurso de Robespierre en la Convencion sobre la existencia de Dios y la inmortalidad del alma.—Decreto.—Los restos mortales de Juan Jacobo Rousseau en el Panteon.

I

El carácter de los pueblos sobrevive á sus revoluciones. La seguridad de morir no causaba horror en el interior de las cárceles de Paris. La sensacion de la muerte se embotaba en los ánimos en fuerza de la repeticion de actos. Cada dia de olvido era una fiesta de la vida que los presos se apresuraban á consagrar al placer. El descuido con que éstos miraban su existencia les daba todas las apariencias del verdadero estoicismo, y la ligereza de su carácter se parecia mucho á la intrepidez. Sociedades, amistades, amores, todo se contraia, aunque no fuese más que por una hora, entre los presos de ambos sexos, que prodigaban á la distraccion y á los afectos más ó ménos léitos unos momentos consagrados á la muerte. Las conversaciones, las citas, las misteriosas correspondencias, las comedias ejecutadas en los calabozos, la música, los versos y el baile se continuaban hasta el último instante. Venian á arrancar de la prision para el cadalso á uno que estaba jugando, y éste dejaba las cartas á otro; otro salia para el mismo destino desde la mesa en donde acababa de vaciar su vaso; el otro iba al suplicio desde los brazos de una esposa ó de una amante. Jamás el carácter intrépido y voluptuoso á la vez de la juventud francesa habia jugado tan de cerca con el peligro. El suplicio hizo á aquella juventud sublime, ya que no habia podido hacerla seria. Sin embargo, la religion, esta amiga de los desgraciados, consolaba á la mayor parte. Algunos sacerdotes presos ó introducidos furtivamente y disfrazados en las cárceles, celebraban los misterios del culto, tanto más patéticos cuanto mayor era su semejanza con el sacrificio. La poesía, que es el suspiro articulado del alma, transmitia á la posteridad las últimas palpitations del corazón de los poetas.

Mr. de Montjournain, comandante de batallon de la guardia nacional, escribió el dia ántes de su muerte unas estrofas á la jóven que iba á dejar viuda.

El autor del *Poema de los Meses*, Roucher, estaba retratándose en el momento en que fueron á llevarle la orden de comparecer ante el tribunal; semejante orden equivalia á una sentencia. Roucher no era culpable sino del mérito que

había adquirido por la moderación de sus principios, á pesar de que sabía que la demagogia no perdonaba ni aún á la aristocracia del talento. Suplicó á los carceleros que esperasen á que estuviese concluido su retrato, que estaba destinado para su esposa y sus hijos. Mientras que el pintor daba las últimas pinceladas, Roucher escribió en verso sobre sus rodillas la inscripción siguiente, para explicar al porvenir la melancolía de sus facciones:

«No extrañéis, queridos hijos míos, la melancolía que se advierte en mi rostro. Cuando se estaba haciendo este retrato se estaba levantando mi cadalso, y yo pensaba en vosotros.»

Andrés Chenier, alma romana, imaginación ática, á quien su animoso patriotismo había hecho abandonar la poesía para lanzarle en la política, estaba preso como girondino. Los ensueños de su bella imaginación habían hallado su realidad en la señorita de Coigny, duquesa de Fleury, encerrada en la misma cárcel. Andrés Chenier tributaba á la joven cautiva un culto de entusiasmo y de respeto, que hacía más tierna la sombra siniestra de la muerte precoz que cubría ya aquellas mansiones. En medio de tanta lobreguez, compuso para ella el canto más delicioso que haya salido jamás de la tristeza de un calabozo. Este canto se tituló *La joven cautiva*, y fué una imitación del canto bíblico de Jefé.

II

En los Carmelitas había un calabozo estrecho y sombrío al cual se bajaba por dos escalones; tenía este calabozo una ventana enrejada que daba al jardín del antiguo monasterio, y en él se hallaban encerradas tres mujeres que habían caído en aquella sima desde el apogeo de la fortuna. Jamás había reunido la escultura griega en un solo grupo semblantes, gracias y formas más á propósito para conmover á los verdugos. La una era madama D'Aiguillon, mujer de ilustre apellido; la sangre de toda su familia humeaba aún en el cadalso; la otra era Josefina Tasher, viuda del general Beauharnais, recientemente sacrificado por haber sido desgraciado en el ejército del Rhin; la última y la más hermosa de todas era Teresa Cabarrús, querida de Tallien, culpable únicamente por haber moderado el republicanismo del representante de Burdeos, y por haber sustraído tantas víctimas á la proscripción. El comité de salud pública acababa de arrancarla á la protección del procónsul, sin compadecerse de su sentimiento, arrojándola en los calabozos como sospechosa por su influencia sobre Tallien. La más tierna amistad unía á dos de aquellas mujeres entre sí, á pesar de haberse disputado con frecuencia la admiración pública y la de los jefes del ejército ó de la Convención. La una estaba predestinada al trono, adonde el amor del joven Bonaparte debía elevarla, y la otra á destruir la república, inspirando á Tallien valor suficiente para atacar á los comités en la persona de Robespierre.

Un solo colchón tendido en el suelo en un rincón del interior del calabozo servía de cama á las tres cautivas, consumidas por los recuerdos, por la impaciencia y por el ansia de vivir. Con la punta de las tijeras ó con las púas de los peines escribieron en las paredes cifras, iniciales, nombres que lloraban ó imploraban, y amargas aspiraciones por la libertad perdida. Aún se ven en el día estas inscripciones: «Libertad, ¿cuándo dejarás de ser una palabra vana?» «Hoy hace

cuarenta y siete días que estamos encarceladas.» «Nos han dicho que saldremos mañana.» «¡Vana esperanza!» Un poco más abajo, tres firmas reunidas: «Ciudadana Tallien, ciudadana Beauharnais, ciudadana D'Aiguillon».

La imagen de la muerte, presente siempre á sus ojos, atormentaba sin cesar sus miradas y su imaginación. El calabozo en que se hallaban era una de las celdas en donde los asesinos de Setiembre habían degollado más sacerdotes. Dos de aquellos degolladores, cansados de matar, se habían sentado un momento, apoyando sus sables en la pared mientras restauraban algún tanto sus fuerzas. El perfil de éstos, desde el puño hasta la extremidad de la hoja, se había impreso con sangre en el yeso húmedo de la pared, dibujándose en ella como esas espadas de fuego que los ángeles exterminadores muestran en sus manos alrededor de los tabernáculos. Aún se divisan sus contornos, tan limpios y tan frescos como si aquella sangre no debiese secarse nunca. Jamás la juventud, la hermosura, el amor y la muerte se habían agrupado en semejante cuadro de sangre.

III

Había una cárcel en París en donde no penetraban hacía ocho meses ni el ruido de fuera, ni los consuelos de la amistad, ni las imágenes del amor, ni las últimas sonrisas de la vida; era un sepulcro cerrado antes de la muerte. Esta prision era el Temple. Desde que sus puertas se abrieron para dejar pasar á la reina cuando se dirigía al cadalso, habían pasado ocho meses. El Delfín estaba ya en aquella época en manos del feroz Simon. Aquel niño, profanado, pervertido y atontado por la rudeza y por el cinismo de Simon, no tenía comunicación alguna con su hermana ni con su tía. Estas le divisaban solamente de cuándo en cuándo desde las almenas de la torre, cuando iban allí á respirar el aire libre, oyendo horrorizadas cantar al pobre niño, sin comprenderlas, las canciones impuras que Simon le enseñaba contra su propia madre y su familia.

Instruida madama Isabel, por algunas palabras que había oído, del proceso y de la muerte de María Antonieta, no quiso revelar toda la verdad á su sobrina. Dejaba que ésta vacilase entre la duda y la esperanza, como hacen siempre las personas prudentes que quieren ocultar una gran catástrofe á las personas á quienes ésta puede interesar. Encerradas en una prision estrecha y triste, privadas de libros, de fuego, y casi sin alimentos, por los agentes del ayuntamiento, que cada día eran más subalternos, las princesas habían pasado el otoño y el invierno sin saber nada de los movimientos exteriores é interiores de la república. Otra nueva visita de cuatro municipales delegados por el Consejo, y algunas pesquisas más severas, les hicieron conocer que su situación iba á ser más rigurosa. Les quitaron el papel, so pretexto de que podían hacer asignados falsos; les quitaron también las barajas y los juegos de ajedrez y de damas, con los cuales habían entretenido las largas noches del invierno, porque aquellos juegos recordaban los nombres de rey y reina, proscritos por la república.

El 19 de Enero, antevíspera del aniversario de la muerte del rey, confinaron enteramente al Delfín, como si fuese un animal salvaje, á un cuarto alto de la torre en donde nadie penetraba. Sólo Simon entreabría la puerta, y desde allí le arrojaba el alimento. Un cántaro de agua, rara vez renovada, era su única bebida. Nunca

salía de la cama, que tampoco se mudaba nunca. En más de un año no se le proveyó de ropa de ningún género, ni tampoco de calzado. La ventana, que estaba cerrada con un candado, no se abría para que entrase el aire exterior, haciéndole respirar su propia infección. No tenía ni libros, ni juguetes, ni nada en que entretenerse. Sus facultades activas, contrariadas por el ocio y la soledad, se habían estragado, y sus miembros estaban entorpecidos. Su inteligencia se asfixiaba con la continuación de su terror. Parecía que Simon había recibido orden de experimentar hasta qué grado de embrutecimiento y de miseria se podía sumir al hijo de un rey.

Las cautivas no cesaban de llorar por aquel niño. Sólo les respondían con injurias á las preguntas que hacían para saber de él. El tutear á todo el mundo había sido una de las medidas decretadas por la autoridad revolucionaria de Hebert y de Chaumette, y la que más incomodaba á las princesas. Por lo mismo, sus carceleros las tuteaban con afectación siempre que habían de dirigirles la palabra. Durante la cuaresma no les dieron más que alimentos de carne, para obligarles á faltar á los preceptos de la religión; pero ellas no comieron en los cuarenta días sino un poco de pan y leche que se reservaban del desayuno. Se les privó tener luz desde los primeros días de la primavera, socolor de economía nacional, viéndose precisadas á acostarse al anochecer ó á permanecer á oscuras. Aquel cautiverio tan cruel no alteró, sin embargo, ni la belleza inocente de la joven princesa, ni la serenidad de humor de su tía. La naturaleza y la juventud triunfaron en la una de la persecución, y la religión en la otra del infortunio. Su mutua ternura, sus conversaciones y sus sufrimientos, compartidos en comun, les inspiraron una paciencia que se asemejaba mucho á la paz.

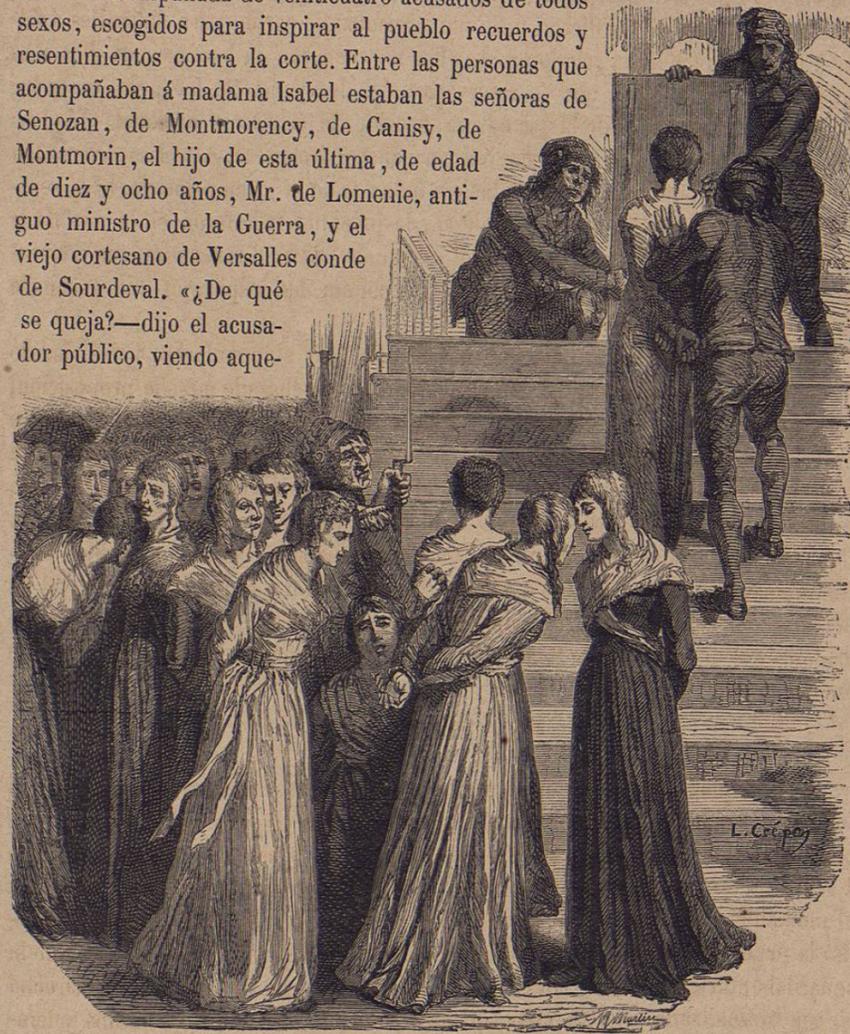
Se ha visto que Hebert, por dar una prenda más al populacho, había pedido el juicio de las princesas, y que Robespierre había rechazado aquella proposición; pero después del suplicio de Hebert, suplicio que hacía sospechar en Robespierre ciertas tendencias á la moderación, los miembros de los comités de salud pública y de seguridad general quisieron probar al pueblo que igualaban, si no excedían, en inflexibilidad contra los ídolos del realismo al partido de Hebert. Robespierre, Couthon y Saint-Just aparentaron contra ellos el mismo rigorismo que habían mostrado pocos días antes con sus enemigos. Sólo salvaron á la joven princesa y á su hermano. La orden de juzgar á madama Isabel fué un desafío de crueldad entre los hombres de la situación sobre quiénes serían más implacables con la sangre de los Borbones.

IV

El 9 de Mayo, en el momento en que las princesas medio vestidas oraban al pié de sus camas antes de acostarse, oyeron llamar á la puerta de su habitación con golpes violentos, y tan repetidos que las puertas se conmovieron como si fuesen á saltar de sus goznes. Madama Isabel se apresuró á vestirse y fué á abrir. «¡Baja al momento, ciudadana!»—le dijeron los llaveros. «¿Y mi sobrina?»—les respondió la princesa. «Más tarde se pensará en ella.» La tía conoció la suerte que le aguardaba; dirigióse precipitadamente hácia donde estaba su sobrina, y la estrechó en sus brazos como para disputar aquella separación. Madama Real lloraba y temblaba. «Tranquízate, hija mía,—le dijo su tía;— seguramente volveré á subir muy

pronto.» «No, ciudadana,—respondieron groseramente los carceleros;—tú no subirás ya más. Toma tu sombrero y baja.» Como ella retardase cuanto le era posible el dar cumplimiento á aquella orden inicua, los carceleros empezaron á insultarla con invectivas y apóstrofes injuriosos. En pocas palabras se despidió de su sobrina, haciéndole mil piadosos encargos, invocando, para dar más autoridad á lo que le decía, la memoria del rey y de la reina. Inundando de lágrimas el rostro de la joven, salió, volviéndose antes de atravesar el umbral del cuarto para bendecirla por última vez. En el postigo encontró á los comisarios, que la registraron de nuevo, y haciéndole subir en un coche, la condujeron á la Conserjería.

Era medianoche. Se hubiera dicho que el día no tenía bastantes horas para la impaciencia del tribunal. El vicepresidente esperaba á madama Isabel, y la interrogó sin testigos. En seguida la dejaron descansar algunas horas en la misma cama en que María Antonieta había pasado su agonía. A la mañana, la condujeron al tribunal acompañada de veinticuatro acusados de todos sexos, escogidos para inspirar al pueblo recuerdos y resentimientos contra la corte. Entre las personas que acompañaban á madama Isabel estaban las señoras de Senozan, de Montmorency, de Canisy, de Montmorin, el hijo de esta última, de edad de diez y ocho años, Mr. de Lomenie, antiguo ministro de la Guerra, y el viejo cortesano de Versalles conde de Sourdeval. «¿De qué se queja?»—dijo el acusador público, viendo aque-



Madama Isabel al pié del cadalso.—Pág. 394.